

MI BANDERA.

(Lección sublime para quienes infaman el emblema nacional)

Bandera que adoraron mis mayores
y que aprendí á adorar cuando era niño;
Tú formas el amor de mis amores;
No hay un cariño igual á tu cariño.

Me llenan de entusiasmo tus colores
aun más immaculados que el armiño
y al verte tremolar libre y entera,
te ado o como un Dios ¡oh mi bandera!

Símbolo de la tierra en que he nacido,
emblema del honor y de la gloria,
quien muere por haberte defendido
vida inmortal alcanza en nuestra historia.

Las legiones libres te han seguido,
viven de nuestro pueblo en la memoria.
Un templo encontrarás en cada pecho,
¡oh emblema del honor y del derecho!

¡Con qué orgullo filial siempre te mira
quien á tu sombra suspendió su cuna!
¡Con qué dolor el corazón suspira
cuando de tí lo aleja la fortuna!

Tu ausencia amarga, tu presencia inspira;
no hay comparable á tí joya ninguna;

y si te ofende el poderoso, el fuerte,
por defender tu honor, nada es la muerte.

Yo juro por mis horas más serenas,
por los amantes padres que yo adoro,
dar gustoso la sangre de mis venas
por defender tu nombre y tu decoro.

Juro luchar con tigres y con hienas
que mancillar pretendan tu tesoro,
y morir á tu sombra, ¡oh santa ejida!
y amante bendecirte al dar la vida.

¡Flota libre y feliz, bandera santa!
Tú nos das los mayores regocijos,
y siempre que una mano te levanta,
los anhelos del pueblo en tí están fijos.

Antes que hollarte la extranjera planta,
morirá junto á tí todos tus hijos;
¡que mientras haya patria y haya gloria,
sin mancha flotarás sobre la historia!

Juan de Dios Peza.

(Mexicano)

CENTRO Y SUD-AMÉRICA.

De Santiago de Chile ha llegado a nuestra mesa de redacción un folleto en el cual su autor, el joven y conocido escritor nicaragüense, don Gustavo Alemán Bolaños, bosqueja a grandes rasgos alguno de los problemas de más trascendencia para los pueblos del Istmo centroamericano. A nuestro juicio, si dichos estudios pecan de deficientes dada la importancia de los tópicos tratados, constituyen, en cambio, una nota sugestiva felizmente delineada para interesar la curiosidad de los hombres de pensamiento de las Repúblicas del Sur, hacia nuestra situación excepcional en el fatuo de América.

Aplaudimos la labor patriótica del señor Alemán Bolaños y con gusto consignamos nuestra satisfacción al ver que apesar de las sombras que obscurcen nuestro cielo, fuera de los horizontes de Centro América hay voluntarios de nuestra legión que levantan en alto el

nombre de la patria y enaltecen con sus triunfos personales el prestigio intelectual de Nicaragua.

El índice del folleto es el siguiente:

Palabras Explicativas:

Prólogo (Por el distinguido interconlista chileno Dr Alejandro Alvarez)

El Problema centroamericano dentro del problema continental. En qué forma puede prestarse el auxilio.— Algo sobre la federación del Centro de América. ¿Sería un obstáculo, para la realización de las ideas apuntadas, el canal por Nicaragua? A modo de paréntesis. Relaciones diplomáticas. Relaciones comerciales. Intercambio comercial. Influencia en la enseñanza y en las milicias. Los consules. La integración de la América Central. Puntos de comparación entre dos países. El concurso de la prensa. ¿Debe darse importancia á Centro-América? Palabras finales.

Para que los centro-americanos se formen una idea de la meritoria labor del compatriota ausente, ya que no nos es posible extendernos en un juicio sobre su trabajo, reproducimos con gusto el primer capítulo de éste, que dice:

El Problema Centro-Americano dentro del Problema Continental.

Hay en América tres porciones ó divisiones cuyas denominaciones obedecen a razón geográfica: la América del Norte, la del Centro y la del Sur. La más pequeña de ellas es, bien se sabe, la del Centro, y está, por consiguiente, en condiciones de ser absorbida, sino materialmente, al menos en el orden moral, por uno de los dos grandes grupos. Esto, en un futuro incierto, más ó menos largo, según las circunstancias. (Razones y enseñanzas de la historia nos dicen que eso ocurre siempre, a menos que se establezcan los llamados, en el derecho internacional, «equilibrios»).

¿Cuál de esas Américas, la del Norte ó la del Sur, es la que tiene decretada la absorción de la del Centro, en esos designios no escritos ni dichos, pero sí presentidos? ¿Será la del Sur? Nó. No puede ser la del Sur, desde luego que la raza que puebla estos países sud-americanos es la misma que habita los centro-americanos. Y no hablemos aquí de idioma, de costumbres, de religión comunes, etc., etc., que todo eso,

de viejo y sabido, debe callarse. Además, y esta es la alta razón, Sud América, que está formada por varias nacionalidades, no es ni podía ser expansionista en el sentido territorial, por honradez y porque le basta y le sobra con sus extensos y feraces territorios, muchos de los cuales están vírgenes todavía. No queda sino una contestación: la porción de América que está en condiciones de absorber a Centro-América, que debe absorberla, mejor dicho por la ley del destino manifiesto, combatido por los líricos pero real y aplastante, salvo que se produzca el indispensable contrapeso, es, y aquí vamos á repetir lo que todos saben, Norte-América. El imán, pues, está en el Norte. Y al decir imán excusamos, por cultura de frase, escribir la palabra garra.

Centro-América se encuentra en un dilema: o entregarse á la fuerza absorbente o eludir esa fuerza mediante un auxilio eficaz. Perogrullada la que acabamos de estanpar, pero hay que expresarlo. O lo uno o lo otro. Para lo uno, en ese cami-

no va la pobre Centro-América. Lo dicen los penosos sucesos de Nicaragua y algo que ha pasado y sigue pasando en las otras republiquetas. En estos momentos se nos dibuja en la imaginación el Golfo de Fonseca. Hacia esa hermosa bahía—de rara belleza y comodidad, casi única, por su estrategia, en la costa americana del pacífico y de la que son ribereños tres estados,—han dirigido, primero, sus ojos los argonautas del Norte. Para lo notro tiene el remedio de su cordura, de su discreción; pero como Centro-América es una niña chica, sin experiencia, casi inconsciente, necesario es el tutelaje para que lleve buen camino, para que no se precipite, para que no se entregue en los brazos del otro. ¿Quién es ese que puede servir de tutor, de mentor, de amigo, de hermano mayor, de salvador, para emplear una palabra definitiva? La respuesta es obvia, pero démosla: Sud-América. Sud-América, la porción de nacionalidades indolatinas que, dichosamente para ellas, tuvieron la suerte de conquistar su libertad a fuerza de fuerza y sangre, templándose en la lucha y dando origen a gobiernos, si al principio no del todo constituídos, en el curso de su gestación bien definidos en lo que respecta al amor de la patria—el amor bien entendido—y al amor de la libertad. Quizá tengamos que omitir de esta referencia, *in mente*, uno que otro país. Pero es la mayoría la caracterizada por las meritorias cualidades.

En Centro-América obtuvimos la libertad gracias a la traición de un jefe español, instigada ó seguida, no lo recordamos, por un grupo de nativos. No hubo, pues, lucha, y, por consiguiente, nuestros padres no pudieron apreciar lo que vale la libertad conquistada a costa de sacrificios. Y si los padres, que habían sufrido el yugo, no estuvieron en esas condiciones de justiprecio, mucho menos lo estamos nosotros, enfermos de indiferentismo y harto pesimistas por lo que de la supremacía de la fuerza sobre el derecho estamos viendo, que casi llegamos á aceptar el destino manifiesto.

Repetimos, pues, que las condiciones de Sud-América, en lo que al origen de su libertad respecta, son indiscutiblemente superiores á las de nuestra Centro-América. Por consiguiente, Sud-América está llamada á ser la hermana mayor de Centro-América. Hermana mayor por cordura, por orígenes y por proporción geográfica, desde luego que, al hablar de esta porción del continente, juntamos en un haz las voluntades, que es decir las nacionalidades. Y al hablar de esta hermandad creemos interpretar los sentimientos nacionales y auscultar los corazones de los pueblos, sin parar mientes en las conveniencias de los respectivos gobiernos, aunque es dada suponer, en fuerza de la costumbre, que los gobiernos son la expresión de las colectividades.

Llegan ecos de Centro-América de lo que allá comienza á despertar el A. B. C. Decir el A. B. C. es, casi, decir Sud-América. Se trata de las tres Repúblicas más conscientes y más eficientes de la porción meridional de América. Eso no se discute,

y, por consiguiente, no nos pondremos á probarlo.

¿Luego en Centro-América se piensa ya en Sud-América? Esas son las noticias que tenemos. Hay más, hombres de criterio y de reflexión han llegado hasta concebir la idea de que estas fuertes y ricas naciones realicen una obra material que les reportaría y nos reportaría inmensos beneficios. Os vais á asustar, quizá, de la idea. Todo es factible con buena voluntad cuando ésta va acompañada de las condiciones que ya os reconocemos. Nos referimos á la apertura del Canal por Nicaragua.

Al principio, la cosa causará estupefacción, y aun risa, en aquellos que no viven sino la vida del momento, que no ven más allá de sus narices, para emplear una frase gráfica. Nos otros hablamos dentro del momento histórico, y ya sabemos que un momento histórico puede abarcar muchos años. Cuando, hace ya cerca de tres lustros, un chileno vió el A. B. C., esta combinación internacional que hoy es una hermosa realidad, y escribió sobre ella, quizá hubo quienes considerasen utópica la idea, y, sin embargo, allí teneis.... La obra de los años es profusa y proficua.

Pero apartémonos del asunto canal, que es incidental. Mas, antes de apartarnos, recordemos que, razonablemente, no tendríamos por qué encontrar la oposición nórdica, ya que la doctrina del señor Monroe no fué lanzada precisamente a causa de vos otros.

Y apartando lo del canal, que bien puede ser catalogado entre los hermosos sueños, nos queda la obra moral que Sud América, por mejor decir el A. B. C., está en condiciones de realizar en Centro-América.

La tríplice suriana ya hizo una prueba de fraternidad continental, que fué un éxito, aunque la iniciativa haya partido precisamente de quienes son responsables, en gran parte, de las desgracias que ocurren donde se ejercitaron los buenos oficios. Nos estamos refiriendo á Méjico. ¿Por qué no intentar algo semejante en lo que respecta á Centro América? Seguros estamos de que aquellos desgraciados pueblos abrirían los brazos á los hermanos del sur que fuesen en su auxilio. Auxilio moral. Más puede la justicia y el derecho que la fuerza. Sobre todo cuando detrás de la justicia y del derecho está la fuerza.

Y como quien dice pueblos tiene que decir Gobiernos, desgraciada pero necesariamente, entendemos que los Gobiernos de los países necesitados, así como los Gobiernos de los países que están en condiciones de prestar el servicio, sabrían interpretar los deseos de los continentes. Esto es cuestión de buena voluntad y de solidaridad.

Nosotros damos el pensar. Y haremos el comentario que sugiere el llano criterio. Todo dentro del momento histórico, momento que puede significar un regular número de años.

Centro América, pues, tiende los ojos á Sud-América. Que Sud-América, ó más propiamente el A. B. C., alce los suyos y sus manos fraternales.

Gustavo Alemán Bolaños.

POR NICARAGUA.

Para "Patria Libre".

Hablar del Gobierno de Adolfo Díaz es hablar de la mayor desgracia que ha sufrido Nicaragua y del mayor peligro que haya tenido enfrente Centro América.

Jamás en América, llegaron la degeneración, la perversidad y la traición á tan bajo nivel como han llegado en manos de ese Gobierno y del cauduco partido cachureco.

Cómo salta la indignación, cómo ruge en borbotones la sangre ante ese cuadro sombreado con tanta infamia.

Un jesuita de hinojos, de rodillas, embaucando con su falsa piedad á medio mundo; García Moreno, confesándose después de ejecutar á una docena de ecuatorianos inocentes. Iturbide, haciendo lo mismo en México; Pancho Villa, fusilando á media